

## LA CAZA EN EL ARTE

MARIANO AGUAYO ÁLVAREZ  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El Arte está tan ligado a la caza que en ella tiene su origen. En la sociedad primitiva, el cazador, obligado a abastecer de carne a la tribu, sentía el peso de la responsabilidad y convocaba a los animales objeto de sus deseos representándolos en las paredes de las cuevas. Y lo hacía con una técnica similar a nuestra actual pintura al óleo: usando grasas animales como vehículo. Los pigmentos solían ser almagra y hollín. Fue la insistencia en los mismos motivos la que llevó a una estilización en Altamira con sus hermosos animales y arqueros. Ciervos evolucionados hacia el esquematismo de Catalpalá, en Teruel, o grabados en hueso junto a salmones en Lortet, en los Altos Pirineos. Ya en el Neolítico, la plástica mediterránea y su sentido de los volúmenes produce el bellísimo ciervo de bronce hallado en Neuville-en-Sullias.

Poco a poco, se va perdiendo el valor ritual de estas representaciones para ir plasmando en ellas las emociones de la caza. Un buen ejemplo es, en el siglo IV, el bajo-relieve del sarcófago de Alejandro Magno. Y, ya a comienzos del XV, se ilustra con deliciosas miniaturas el "Traité de la Chasse" de Gastón de Foix. Al final de ese siglo se producen los altorrelieves de la capilla de San Huberto en el castillo de Ambois, en el valle del Loira.

Hay que recordar a Alberto Durero, con su cabeza de ciervo con una saeta clavada, o los bodegones e impresionantes agarres de Pablo de Vos.

Pero si la pintura de caza francesa –Jean Le Pautre pintó a Luis XIV monteando en una complicadísima escena con el castillo de Chambord al fondo– o los magníficos grabadores centroeuropeos, como Johann Elias Ridinger, nos han transmitido todo el fragor de los lances, la pintura española se decantó más por las figuras sedentes, tanto de cazadores como de perros. Inútil es citar, por conocidas, todas las obras de Velázquez o Goya relacionadas con la caza.

Dando paso a lo literario, la evolución de las costumbres cinegéticas puede ser estudiada por los testimonios escritos. En el museo de San Marcos de León se conserva una lápida con una leyenda que mandó tallar Tullius Maximus, general jefe de la Legión VII Gemina, y que, traducida, dice así: "*Cerqué un terreno en el campo, lo consagré a los dioses y en él levanté un templo a ti, Virgen triforme, yo, Tullius de Libya, jefe de la Legión Ibera, para perseguir en él a las inquietas cabras, los ciervos altivos, los cerdosos jabalíes... Cacé bien a pie, arma en mano, bien disparándoles desde mi caballo ibérico. Los colmillos del jabalí y las cornamentas de los ciervos de alta frente los dediqué a Diana, como valiosa muestra de mi valor...*", lo que constituye un importante testimonio para los que creen que las cercas cinegéticas se idearon ayer por la mañana.

En la Literatura, la caza está ya en el primer poema épico en lengua castellana, el

Poema de Mío Cid: Cuando el héroe partía hacia el destierro,

*Miró las puertas abiertas  
los postigos sin candados,  
las alcántaras vacías  
sin pellizones ni mantos  
sin los halcones de caza  
ni los azores mudados.  
Suspiró entonces mío Cid,  
de pesadumbre cargado.*

Y en el Romancero del Cid (Anónimo XV-XVI):

*Ya se partía el buen Cid  
sin al rey besar la mano;  
ya se parte de sus tierras,  
de Vivar y sus palacios:  
las puertas deja cerradas,  
los alamudes echados,  
las cadenas deja llenas  
de podencos y de galgos;  
sólo lleva sus halcones,  
los pollos y los mudados.  
Con él iban los trescientos  
caballeros hijosdalgo;  
los unos iban en mula  
y los otros a caballo;  
todos llevan lanza en puño,  
con el hierro acicalado,  
y llevan sendas adargas  
con borlas de colorado.  
Por una ribera arriba  
al Cid van acompañando;  
acompañándole iban  
mientras él iba cazando.*

Reaparece en el marqués de Santillana la relajada satisfacción del montero tras el día de brega:

*...acabó su montería  
falagando los sus canes,  
olvidando sus afanes,  
cansancio e melancolía.*

Y ni Antonio Machado, tan lejano a la cinegética como para creer al galgo perro para la caza en mano, escapa en "Campos de Castilla" a la sugestión del cazador:

*Tras los montes de violeta  
quebrado el primer albor:*

*a la espalda la escopeta,  
entre sus galgos agudos,  
caminando un cazador.*

La caza, como cultura, está muy vinculada al mundo del cante, de tanta raigambre andaluza. Y buena prueba de ello es lo próxima que queda la indumentaria de un montero a la de un torero vestido para faenas de campo. Quizá ahora que todo se está uniformizando se resta importancia al atuendo. Pero siempre la tuvo porque el vestir imprime carácter. Por los años treinta del pasado siglo, los toreros solían vestir de calle con trajes cortos, camisas de chorreras y sombreros de ala ancha. Así lo hizo hasta su muerte nuestro Rafael Guerra Bejarano, "Guerrita". Pero las cosas ya iban cambiando y había toreros retirados que, sobre todo si gozaban de prosperidad económica, se vestían de chaqueta y corbata. Así fue a visitar a "Guerrita" un antiguo banderillero suyo, Rafael Rodríguez, "Mojino". Y el Guerra, al verlo, no pudo disimular su sobresalto.

-Jesús, Rafalito, hijo, qué susto me has dado. Creí que habían avisado al médico.

Pues en paralelo con lo afín de las indumentarias del montero con el torero en faenas de campo, la cultura popular refleja al cazador en muchas letras de flamenco. Puede ponerse de manifiesto el cariño del montero por su perro, Por ejemplo, en este fandango de Huelva:

*Y jabalí l'ha matao  
por ser valiente mi perra.  
qué grande es la pena mía  
que ya no piso la sierra  
ni voy más de montería.*

Aunque es en los fandangos donde más se prodiga el tema de la caza, tiene también sitio en las serranas:

*Al bajar de la sierra  
de Marmolejo  
vimos zorros, un lince  
y hasta un gran ciervo.  
Llegando al río,  
en el puente nos dimos  
con tu marío<sup>1</sup>.*

En las soleares se señala la caza de oficio:

*En el pueblecito  
que comé no encuentro  
y me salgo por esos campitos  
a buscá alimento<sup>2</sup>.*

<sup>1</sup> Antonio Flores. *Partitura flamenca*. Ateneo de Córdoba. 1998.

<sup>2</sup> Juan Balmaseda González. *Primer cancionero de letras flamencas*. Signatura Ediciones. Sevilla 2001.

Y, en esta rondeña, aparece una constante en la caza: el respeto del cazador por el animal objeto de caza.

*Cazadores de la sierra,  
a esa liebre no tirarle,  
porque está haciendo en la tierra  
madriguera pa ser madre.  
Es mu sagrao lo que encierra.*

Es éste un hermoso homenaje por sevillanas al sosegado goce de la caza cercano al mismísimo Fray Luis de León:

*Tengo un perro perdiguero  
y una escopeta de un caño  
y una bota de pellejo  
curá con vino del año.  
Si me quiero divertir  
me voy con mi perdiguero,  
con mi escopeta de un caño  
y mi bota de pellejo  
curá con vino del año<sup>3</sup>.*

Hace unos años publiqué un trabajo sobre la influencia de la caza en el cante flamenco reuniendo más de doscientas letras<sup>4</sup>. Y no es de extrañar dada mi profunda afición por la caza y por el cante, ambos tan arraigados a nuestra más ancestral cultura. Por eso voy a terminar esta charla parafraseando a Pareja Obregón en uno de sus fandangos:

*¿Cómo no queréis que os cuente  
Cosas de la montería  
Si me he pasado la vía  
Siempre detrás de una mata  
Por toa la serranía?*

<sup>3</sup> Rafael del Estad.

<sup>4</sup> Otero Ediciones, S.L. Madrid, 2003.